

Introducción

Hasta hace no muchos años los niños venían de París y los traían las cigüeñas. En la actualidad ya no necesitamos ni de la capital francesa, ni de las aves picudas para explicar a los infantes el misterio de la generación humana. Se ha pasado de un lógico pudor en la presentación de la afectividad y de la sexualidad –que en algunos casos fue exagerado–, a un lenguaje desgarrado, y no pocas veces obsceno, que empieza a considerarse como el modo «normal» y «moderno» de hablar de estas cuestiones.

«Sexual Revolution» es el título de una canción de Macy Gray de 2001. Su letra refleja lo que muchos consideran el gran logro de la revolución sexual: derrumbar un tabú que ha durado demasiados siglos, y acabar con todas las reglas que prohibían comportamientos que, en realidad, todos hacían. Quizá lo más característico de esta revolución, que –a diferencia de tantas otras que ha visto el mundo occidental– ha conseguido imponerse, sea el colorido pansexualista que ha logrado en la vida de mu-

chas personas y de muchas sociedades. No se trata tanto de nuevos comportamientos sexuales, sino de la difusión a gran escala y de la justificación teórica de un estilo de vida sexual que se separa cada vez más del ideal conyugal dentro del matrimonio. Desde que el hombre es hombre ha habido autoerotismo, adulterios, actos homosexuales, pederastia... Lo que ha cambiado con la revolución sexual ha sido el modo de considerar esos comportamientos: de una valoración fuertemente negativa, no exclusivamente por motivos religiosos, se ha pasado a otra básicamente neutra o incluso positiva. Como consecuencia, las nuevas generaciones son bombardeadas con innumerables reclamos sexuales, también en el ámbito escolar; se ha anticipado la edad de la primera relación sexual; y ha crecido notablemente el número de parejas (o *partners*) tanto hetero como homosexuales. Esto ha condicionado, en el ámbito higiénico-sanitario, un aumento exponencial de las llamadas «enfermedades de transmisión sexual», así como de embarazos indeseados y de abortos.

La base teórica de estos cambios ha sido la cisura entre sexualidad y procreación en sus dos dimensiones: sexualidad sin hijos e hijos sin sexualidad. En este proceso ha jugado un papel muy importante el desarrollo de los métodos anticonceptivos: en primer lugar, el preservativo, y después, sobre todo, la «píldora». La primera dimensión de la cisura ha facilitado la segunda, abriendo el camino para que en los años setenta se consiguiera el nacimiento de la primera «niña probeta». A cuatro décadas de distan-

cia, historias como la que cuenta Melanie Thernstrom en un artículo publicado en el *New York Times Magazine*, en diciembre del 2010, sorprenden cada vez menos. En él explica cómo se formó lo que llama su «familia extendida»¹. Tenía más de 40 años cuando se casó con Michael. Deseaban tener hijos, pero estos no venían de modo natural. Intentaron los métodos de fecundación asistida, que también fracasaron. Por fin se les aconsejó que recurrieran a una persona que suministrara los óvulos y a un útero de alquiler. Melanie y Michael querían tener dos hijos de la misma edad y distinto sexo; pero el ginecólogo consideró que un embarazo gemelar podía ser peligroso, por lo que se tomó la decisión de que fueran dos los úteros. Así pues, una mujer proporcionó los óvulos, que fueron fecundados por el espermatozoide de Michael en el mismo día. Entre los embriones generados, dos se transfirieron también el mismo día al útero de dos mujeres diferentes. La duración del embarazo no fue idéntica, y los dos «gemelos» generados por cuatro mujeres y un varón (además del equipo médico correspondiente), nacieron con cinco días de diferencia. Melanie, que actuará como madre de los niños, intenta con su artículo convencer –y quizá convencerse– de que el modo en que nacieron no es un «hecho productivo», sino un «evento de familia extendida».

1. www.nytimes.com/2011/01/02/magazine/02babymaking-t.html (5-V-2011).

La revolución sexual se considera generalmente como una liberación: sobre todo como una liberación para la mujer, que a partir de ahora puede hacer con su cuerpo lo que quiera y con quien quiera; cosa que el hombre, aunque fuera un poco a escondidas, hacía ya desde tiempos inmemoriales. La pregunta que cabe hacerse al inicio de este pequeño libro es si verdaderamente el hombre, y sobre todo la mujer, son más libres después de todo lo que ha pasado. Si lo que ha traído consigo esta revolución nos ayuda a ser personas más maduras, con más posibilidades de conseguir una vida plena; o si, por el contrario, ha producido un rebajamiento de la humanidad a una vida más animal, más instintiva, y, por tanto, menos reflexiva... menos humana. Éste es justamente el comentario que un chico, después de varios años ganándose la vida como donante de semen, hacía en la sala de espera de un centro de fecundación artificial a una chica lesbiana que intentaba por tercera vez la inseminación artificial. Asqueado de esa vida, decía que hasta ese momento «no había razonado sobre lo que estaba haciendo». Esta pequeña historia acaba con una larga conversación de ambos en una heladería, en la que «por primera vez» reflexionan sobre el modo en el que estaban actuando desde hacía bastante tiempo. La idea de este libro es justamente ésta: ayudar a reflexionar y a discutir sobre estas cuestiones.

La pregunta de fondo es: en el ámbito de la sexualidad, ¿vale todo? La respuesta que ofrece la revolución sexual se puede sintetizar de este modo: sí, siempre que se trate

de una actividad libre, y que se procure una atención adecuada a las cuestiones higiénicas antes mencionadas, para evitar infecciones y embarazos indeseados. La respuesta de unos padres a esta misma pregunta cuando se trata de su hija adolescente es totalmente distinta. Según una reciente encuesta realizada en los Estados Unidos, más del 90% de los padres prefieren que sus hijos no tengan relaciones sexuales hasta después de la mayoría de edad². ¿Por qué? ¿Es simplemente una cuestión de evitar «posibles problemas», o hay algo más de fondo? El *Dorian Gray* del final de la famosa novela de Oscar Wilde parece sugerir lo segundo: se presenta como un «joven» aburrido de sus disparatadas experiencias sexuales y dispuesto a cambiarse por el más miserable de los hombres.

La prehistoria, la génesis y el desarrollo de la revolución sexual son muy complejos. Aquí sugerimos unas pistas para entender cómo se ha llegado a la situación actual. De todas formas, sería difícil entender este fenómeno sin dar antes unas nociones de antropología, que permitan reconocer la sexualidad como una dimensión constitutiva de la persona humana, y no simplemente como algo que el hombre posee para «usar» como mejor le plazca. Además, teniendo en cuenta que las normas morales que la revolución sexual critica y desprecia pertenecen fundamental-

2. Bibliografía sobre este punto puede consultarse en MAHER, B., *Why wait: the benefits of abstinence until marriage*, en <http://www.frc.org/get.cfm?i=IS06B01#edn33> (5-XI-2011).

mente a la tradición cristiana, las notas que ofrecemos son de antropología cristiana. Estas indicaciones se completan al final del libro con un capítulo que ofrece un resumen de lo que la doctrina católica entiende por sexualidad y por moral sexual, y propone el ideal cristiano sobre este tema.

Hablar hoy de moral sexual, de continencia sexual o de castidad provoca reacciones muy diversas: simpatía, asombro, escepticismo e incluso resentimiento. Karol Wojtyła en el libro *Amor y responsabilidad* trata sobre este último aspecto, ya que la actitud de algunos hombres ante la virtud es, en gran parte, de resentimiento. Esto deriva de una falta de objetividad de juicio y de apreciación, que tiene su raíz en la flaqueza de la voluntad. Ciertamente, para alcanzar o realizar un valor más elevado se requiere un mayor esfuerzo de voluntad del que resulta necesario para dejarse llevar por la apetencia del momento. Por eso, quien no está dispuesto a esforzarse tiende a convencerse de que ese valor no es tan importante, refuta la virtud y llega incluso a ver en ella un mal. Ese modo de considerar la virtud tiende también a difundirse: quien está convencido de que su ideal (equipo de fútbol, cantante, etc.) o su modo de obrar (en el ámbito político, artístico...) es el mejor, procura que otras personas sigan su mismo curso. Esto se percibe también en el campo de la sexualidad. Como escribe Wojtyła, «se han empleado algunos en forjar toda una argumentación para demostrar que [la castidad] no solamente no es útil al hombre, sino

que, al contrario, le es dañosa» (*Amor y responsabilidad*, p. 158).

La divulgación de este prejuicio se ha facilitado proponiendo un razonamiento bastante simple pero eficaz, basado en algunas consideraciones entroncadas con las teorías de Freud: 1.^a) El sexo es una realidad natural, como comer, dormir, etc.; en cuanto realidad fundamentalmente biológica no estaría intrínsecamente ligada a la moralidad; el juicio moral dependería exclusivamente de las circunstancias y de las consecuencias de la actividad sexual: violencia, daño causado, embarazo indeseado, etc. 2.^a) No satisfacer las «exigencias» del instinto sexual se opondría al desarrollo normal de la persona, en modo semejante al hecho de no satisfacer la necesidad del alimento o del descanso. 3.^a) Además, al identificar el amor humano con el sexo, la castidad resultaría incompatible con el amor. De ahí la conclusión: la castidad es perjudicial para la salud psíquica y dificulta la maduración de la persona. Esta conclusión, sin embargo, solo sería exacta si el amor se identificara exactamente con el sexo, cosa que, como veremos, no es cierta.

Otros libros de esta colección abordan temas muy relacionados con el nuestro: la educación sexual, el pudor, la ideología de género, el feminismo, etc. Por eso, este libro no se detendrá en ellos. Entre las cuestiones que no trataremos destaca por su importancia la dimensión económica de la revolución sexual. Un artículo de Jerry Ropelato titulado *Internet Pornography Statistics* recoge

un completo cuadro de la situación³. Señalamos algunos de los datos que ofrece porque dan idea de las dimensiones de la cuestión: el «negocio» de la pornografía solo en Internet mueve 97 mil millones de dólares al año; cada segundo se gastan en pornografía 3.075,64 dólares; cada segundo 28.258 usuarios de internet están viendo material pornográfico; y cada 39 minutos aparece un nuevo vídeo pornográfico en USA. No se trata, por tanto, simplemente de una cuestión de moral sexual...

3. <http://internet-filter-review.toptenreviews.com/internet-pornography-statistics.html> (11-VIII-2011). Las fuentes de donde toma sus datos son: ABC, Associated Press, AsiaMedia, AVN, BBC, CATW, U.S. Census, Central Intelligence Agency, China Daily, Chosen.com, Comscore Media Metrix, Crimes Against Children, Eros, Forbes, Frankfurt Stock Exchange, Free Speech Coalition, Google, Harris Interactive, Hitwise, Hoover's, Japan Inc., Japan Review, Juniper Research, Kagan Research, ICMEC, Jan LaRue, The Miami Herald, MSN, Nielsen/NetRatings, The New York Times, Nordic Institute, PhysOrg.com, PornStudies, Pravda, Sarmatian Review, SEC filings, Secure Computing Corp., SMH, TopTenREVIEWS, Trellian, WICAT, Yahoo!, XBIZ.

Sobre la cuestión de la pornografía en nuestros días, y de modo particular en relación a internet, se puede consultar el libro de LAYDEN, M.A., EBERSTADT, M., *The Social Costs of Pornography: A Statement of Findings and Recommendations*, Princeton: Witherspoon Institute; New York: STI, 2010.